

¿Qué unidades debemos emplear? Las “dos disciplinas” de la psicología de la personalidad

Estrella Romero*

Universidad de Santiago de Compostela

Resumen: Uno de los debates más duraderos en psicología de la personalidad hace referencia a las unidades de análisis que definen la disciplina. El problema fue formulado por G.W. Allport hace ya varias décadas, fue ampliamente discutido con la crisis de la consistencia y, en la actualidad, parece recrudecerse, con dos grandes posturas enfrentadas: los modelos de rasgos (especialmente el modelo de cinco factores) y los planteamientos socialcognitivos. Este artículo realiza una revisión del debate, examinando ambas posturas, su historia, argumentos y puntos críticos. Además, se analiza en qué medida los dos planteamientos son realmente antagónicos, y se revisan las alternativas que se han propuesto para su integración. Las conclusiones de esta revisión crítica muestran que, pese a las diferencias, los modelos basados en rasgos y las modernas propuestas socialcognitivas presentan semejanzas nada triviales, lo cual abre puertas a la integración. La psicología de la personalidad debe contemplar un amplio rango de unidades (de las más estáticas a las más cambiantes), y para ello los modelos multinivel suponen una interesante opción.

Palabras clave: Psicología de la personalidad; rasgos; modelos socialcognitivos; modelos integradores; estabilidad y cambio.

Title: What units should we employ? “Two disciplines” in personality psychology.

Abstract: One of the more pervasive controversies in personality psychology deals with the units needed to define the discipline. The problem was posed by G.W. Allport some decades ago; then, it was widely discussed during the consistency crisis, and now, it seems to arise again, with two confronted proposals: trait models (particularly, the Five Factor Model) and sociocognitive models. This paper reviews the debate, examining both positions, their history, statements and critical points. The paper also discusses to what extent the two proposals are actually antagonistic, and reviews the integrative options. This critical review concludes that, in spite of the differences, trait-based and sociocognitive models show non-trivial similarities, which open doors to integration. Personality psychology should look at a wide variety of units (from the most static to the most mutable), and, for that reason, multi-level models are shown as an interesting option.

Key words: Personality psychology; traits; sociocognitive models; integrative models; stability and change.

1. Introducción

¿Qué unidades debemos emplear para estudiar la personalidad? Esta es una cuestión nada trivial, que ha estado formulada desde los propios comienzos de la psicología de la personalidad, y que, lejos de solventarse de un modo armónico, ha dado lugar a debates muy duraderos y muy sustanciales para el propio desarrollo de la disciplina. Probablemente el debate “persona-situación”, que se extendió desde los años 60 hasta bien entrados los 80, representó el momento de máxima tensión entre los defensores de distintas vías para el estudio de la personalidad. Hoy los ecos de la crisis suenan ya lejanos. De hecho, hace tiempo que la palabra “crisis” parece haber desaparecido del discurso de los psicólogos de la personalidad, y cada vez más, se alzan cantos optimistas sobre la situación de esta área (cf. Funder, 2001; Romero, 2002).

Pese a ello, un seguimiento atento de la literatura actual deja entrever que los viejos dilemas no se han desvanecido. Hoy, de los rescoldos de la crisis parece re-emergir, con cierta vehemencia, una polémica que, una vez más, no puede dejar indiferentes a los psicólogos de la personalidad. A ello dedicamos el presente artículo. Pretendemos revisar el estado de la cuestión, identificando los representantes de la actual controversia, sistematizando sus argumentos, y realizando una lectura crítica de las alternativas implicadas. Ahora que se recrudecen las tensiones, cabe examinar qué hay de

dejá *vu* en las nuevas propuestas, qué hemos avanzado tras los años de la crisis y hasta qué punto las posturas son irreconciliables.

En primer lugar, debemos partir de que, aun cuando las definiciones y los matices del concepto “personalidad” son innumerables, probablemente muchos psicólogos de la personalidad podríamos acordar que hablamos de características psicológicas que imprimen coherencia al comportamiento de las personas (véase, por ejemplo, Caprara y Cervone, 2000; Pervin, 1996). El asunto a aclarar es cuáles son esas características que deben merecer nuestra atención. Esta es una cuestión que Allport percibió como crucial hace ya bastante tiempo. En 1958, un capítulo de este autor llevaba como título *What units should we employ?*. En él, Allport señalaba que el éxito de nuestra disciplina, como de cualquier ciencia,

“depende en gran parte de su habilidad para identificar las estructuras, subestructuras y microestructuras (elementos) que componen la porción del cosmos que le compete [...]. Está claro que la psicología va detrás de la química, que tiene su tabla periódica de los elementos; de la física, con sus verificables, aunque evanescentes ‘quanta’; e incluso detrás de la biología, con su célula [...]. Su investigación no ha alcanzado aún acuerdo sobre qué unidades de análisis emplear” (Allport, 1958, p. 239, 240).

De acuerdo con Allport, algunas unidades, como humores, facultades e instintos eran ya recuerdos del pasado, que parecían poco provechosos para la psicología de la personalidad. Sin embargo, identificó hasta 10 clases de unidades que se utilizaban, con mayor o menor éxito, en la investigación sobre personalidad. Entre ellas se encontraban motivos inconscientes, “síndromes de temperamento”, actitudes so-

* **Dirección para correspondencia** [Correspondence address]: Estrella Romero. Departamento de Psicología Clínica y Psicobiología. Facultad de Psicología, Campus Sur, 15782 Santiago de Compostela (España). E-mail: pcromero@usc.es

ciales, intereses y valores, rasgos expresivos y estilísticos, etc. Si consideramos los trabajos actuales sobre personalidad, a estas unidades podríamos añadir muchas otras: proyectos, tareas vitales, competencias, expectativas, atribuciones, estilos, planes, estrategias adaptativas, constructos personales, categorías, afectos, “yoes posibles”, guiones y un largo etcétera.

En esta madeja de unidades, se ha ido produciendo una polarización entre dos posturas. Uno de los protagonistas es el rasgo, una unidad que tiene una larga tradición en nuestra disciplina, y que Allport sistematizó como un elemento básico de la personalidad. Desde entonces, los rasgos fueron considerados por muchos investigadores como la verdadera materia prima de la personalidad. La otra postura está representada por corrientes que fueron derivando del conductismo hacia el cognitivismo y el interaccionismo, hasta llegar a formar una cierta identidad de grupo: son los planteamientos “socialcognitivos”. Estos planteamientos son herederos de la crítica a los rasgos durante los 60 y 70. Bajo la tutela de Mischel y Bandura, se ha ido aglutinando un conjunto de investigadores que, con mayor o menor exclusivismo, parecen estar dispuestos a formar filas contra los enfoques de diferencias individuales y contra las explicaciones “rasguistas”. Apelan a unidades de análisis de carácter cognitivo (ahora también afectivo), y muestran sus preferencias por expectativas, autoeficacia, “yoes”, metas, esquemas... haciendo énfasis en los *procesos* intrapersonales (lo dinámico, el funcionamiento) frente a la *estructura* de las diferencias individuales. Insisten en explicar la coherencia no a partir de constructos descontextualizados, sino a través de los mecanismos cognitivos que, interactuando con la situación, producen regularidades en el comportamiento.

Frecuentemente, la distinción entre rasgos y unidades socialcognitivas es expresada con el clásico “tener” frente a “hacer” que ya Allport había propuesto y que tanto difundió Cantor. Hasta tal punto se han desarrollado como corrientes independientes, que, en 1991, Cervone ya identificaba “dos disciplinas” en la psicología de la personalidad. Dos disciplinas que parecen evocar la brecha de Cronbach: de hecho, los rasgos han estado más identificados con la metodología correlacional y los planteamientos socialcognitivos, con la experimental.

Pero Cervone no es el único en percibir dos líneas paralelas en psicología de la personalidad. Hettema y Deary (1992) también utilizan la expresión “dos disciplinas” para referirse a las aproximaciones “biológicas” y “sociales”:

“la biológica tiende a atribuir la conducta al organismo [...], favorecer a los rasgos como unidades fundamentales de la personalidad, y a usar métodos correlacionales. La aproximación social atribuye primariamente la conducta al ambiente, deriva sus concepciones procesuales del aprendizaje (social), favorece a las unidades cognitivas y utiliza métodos experimentales para recoger datos” (p. 4).

Igualmente Costa y McCrae (1998) detectan la división entre dos “escuelas principales en la psicología de la personalidad académica, la de los rasgos/disposiciones y la social-

cognitiva” (p. 104). Por su parte, Mischel y Shoda (1998) identifican dos aproximaciones a la personalidad

“que han competido (a menudo encarnizadamente) en la búsqueda de una teoría adecuada de la persona como individuo y de las diferencias individuales importantes entre las personas [...]. Como consecuencia, el campo ha estado dividido en dos subdisciplinas, persiguiendo dos tipos de metas: procesos de personalidad y diferencias individuales, con diferentes agendas y estrategias que a menudo parecen entrar en conflicto” (p. 230, 231)

Así pues, diferentes investigadores parece proyectar la imagen de una disciplina desdoblada en dos frentes paralelos. Estos dos campos podrían percibirse incluso en la sección de personalidad de la prestigiosa *Journal of Personality and Social Psychology*; una sección que aparece bimembrada: “*Personality processes and individual differences*”. Veamos cuáles son, en líneas generales, las características de unas y otras aproximaciones y qué vías se han planteado para su integración.

2. La personalidad como rasgos

Probablemente se puede decir que los rasgos son el tipo de unidad que más investigación ha generado en psicología de la personalidad, y que ha tenido más repercusión en el campo de las aplicaciones. El rasgo vivió momentos de florecimiento y luego de tambaleo; pero hoy es una especie de “ave fénix”, que se ha recuperado con creces, y ocupa una porción amplia de páginas en nuestras revistas (Romero, 2002). Los rasgos han estado presentes en los orígenes de la psicología de la personalidad, en los momentos de más expansión, han sido protagonistas de excepción en los momentos más críticos y han sido responsables, en gran parte, del nuevo “boom” de nuestra disciplina. De hecho, describir la historia de la psicología de la personalidad, con su esplendor y sus caídas, es, en parte, describir los avatares de los rasgos.

Después de haber sido cuestionados muy severamente, parece haberse producido un resurgir muy entusiasta de los rasgos como las piezas básicas de la personalidad. Como señala Snyder (1994, p. 162), “en estos días los psicólogos de los rasgos permanecen en pie, hablan con orgullo y en voz alta”. Es más, diversos autores señalan, explícitamente, que los rasgos son imprescindibles, e incluso definen la esencia del estudio de la personalidad. Un artículo muy citado de Arnold Buss (1989) lleva un título significativo: *Personality as traits*. En él afirma que “lo que distingue a la personalidad de otras especialidades son las diferencias individuales llamadas rasgos [...]. Si existe un campo distintivo de estudio llamado personalidad, su característica central y definitoria deben ser los rasgos”. (p. 1387).

Otros investigadores se han manifestado en este mismo sentido. El libro de Matthews y Deary (1998), dedicado exclusivamente a los rasgos, tiene como objetivo reaccionar contra los manuales de teorías especulativas y mostrar que los rasgos no sólo están bien vivos, sino que están alcanzando

do el estatus de un paradigma, que convierte a la psicología de la personalidad en una disciplina científica, empírica y útil. El libro "sitúa al concepto de rasgo en el centro del estudio científico de la personalidad humana" (p. 4). Hofstee (1994) también señala "¿Qué queremos decir cuando hablamos de personalidad en general? Cualquier profesor y escritor de manuales se enfrenta a esa cuestión. Más tarde o más temprano, el problema se traduce en definir los rasgos de personalidad" (p. 151).

A pesar de estas declaraciones, y a pesar de que se hable de un "paradigma", los rasgos pueden ser entendidos de formas diversas. De hecho, aunque existe un núcleo conceptual compartido, los usos del término "rasgo" no son idénticos (Báguena, 1989; Johnson, 1997). En lo más básico, los rasgos se consideran como disposiciones (tendencias, inclinaciones, propensiones), que se expresan en patrones de comportamiento (y, para algunos, también de pensamientos y sentimientos) relativamente estables y consistentes (Johnson, 1997; Pervin, 1994a). Pero dentro de este marco común, emergen las diferencias. El propio Allport, al que se considera impulsor del concepto de rasgo, mantenía una concepción distinta a la que luego fue dominante. Para Allport, los rasgos importantes, los que más interesan a la psicología de la personalidad (las "disposiciones personales") deberían analizarse en cada individuo, a través de estudios idiográficos. Allport rechazó las iniciativas que se limitaban a buscar rasgos comunes a todos los individuos y a compararlos en términos cuantitativos. Rechazó, en definitiva, las aproximaciones diferenciales, dimensionales y factoriales que son las que más se han desarrollado.

Pero si hablamos de diferencias en las formas de entender los rasgos, debemos referirnos a una especialmente importante: ¿son los rasgos características *explicativas* o simplemente tienen un estatus *descriptivo*? ¿son simplemente pautas de conducta que, a su vez, requieren una explicación? ¿o son estructuras subyacentes que, en sí mismas, explican la regularidad del comportamiento? Esta dicotomía ha sido expresada en términos diversos (rasgos fenotípicos vs. genotípicos; rasgos superficiales vs. fuente, etc.), y es uno de los campos de batalla que no acaban de pacificarse. Las aproximaciones de "frecuencia de actos", las aproximaciones léxicas y las ópticas constructivistas sostienen una visión descriptiva. Los rasgos son "resúmenes de actos" (véase por ejemplo, Romero et al., 1994), descriptores utilizados por un observador, o categorías construidas, pero no estructuras subyacentes, latentes en el actor, que "causen" la coherencia del comportamiento. Por el contrario, las versiones genotípicas van más allá. Los rasgos existen como entidades "reales", endógenas (con frecuencia, con base biológica), que proporcionan una explicación directa de la conducta. Allport se refería a los rasgos como "estructuras neuropsíquicas" que tienen "más que existencia nominal" (Allport, 1966, p.3), y esta idea ha sido asumida por muchos autores.

Una vez superada la crisis persona-situación, la versión "genotípica" salió fortalecida. Aunque, tras la crisis, cabría esperar que se optase por un término medio entre la posi-

ción más escéptica (los rasgos en el ojo del observador) y la más endogenista, en realidad triunfó una versión "fuerte" de los rasgos. Se habló de una "vuelta a lo básico", y Funder (1991) escribía una especie de manifiesto "neo-allportiano" cuyos primeros principios eran muy explícitos: "los rasgos son reales" y "son más que meros resúmenes".

Pero, en los últimos diez años, han sido Costa y McCrae los portavoces más entusiastas de los rasgos como genotipos, intentando alejarse de los enfoques léxicos. Los "cinco" son considerados por estos autores como rasgos de temperamento, cuyo origen y desarrollo es independiente de la influencia del ambiente, aunque su expresión pueda estar moldeada por él (McCrae et al., 2000). Repetidamente han celebrado que se haya llegado a acuerdos sobre la consistencia transituacional de los rasgos, su base genética, estabilidad temporal y estructura universal¹ (Costa y McCrae, 1998). Para Costa y McCrae estos acuerdos están dando lugar a una psicología de la personalidad más madura. En su opinión, el conocimiento sobre el modelo de cinco factores beneficiará a todas las ramas de la psicología (vocacional, educativa, clínica...), y relegará a las teorías clásicas de personalidad a las asignaturas de historia de la psicología. Los rasgos, como disposiciones endógenas, son el fundamento para construir nuevos acercamientos teóricos; son una fuente de influencia básica, de la que emanan otras unidades de la personalidad. Bajo el influjo de estos autores, el modelo de cinco factores ha extendido su dominio. Las revisiones de la investigación publicada muestran, de hecho, que los "cinco" son el enfoque más representado en las principales revistas en inglés (Romero, 2002).

Este auge ha hecho que, como reacción, hayan surgido distintas posiciones críticas; una vez más la utilidad del concepto de rasgo está siendo cuestionada. Al menos, su utilidad *explicativa*. Las críticas van dirigidas, muy especialmente, al modelo de Costa y McCrae (explícita o implícitamente) pero se irradian hacia "la teoría de rasgos", de un modo más general. Al margen de la conocida crítica de Block (1995, 2001), más orientada hacia la adecuación de la estructura de cinco factores, en la última década otros autores se han empeñado en desvelar las limitaciones de los rasgos como unidades de análisis.

Por ejemplo, McAdams (1992), en un especial dedicado al modelo de cinco factores, presentó a los rasgos como una "psicología del extraño". Para este autor, son pinceladas demasiado genéricas, superficiales y descontextualizadas para describir en profundidad a las personas y, además, despiezan al individuo, sin dar cuenta de sus aspectos más organizados. McAdams pide precaución a la hora de considerar los rasgos como los cimientos de la personalidad.

¹ Aunque el consenso es menos amplio que lo que se desprende de sus textos. De hecho, la estructura de cinco factores no es aceptada por todos, y no son raros los trabajos que cuestionan su universalidad. Esto es algo que, a los críticos de los rasgos, no pasa desapercibido.

El temor al “imperialismo teórico y metodológico” de los rasgos (Pervin, 1994b, p.177) también impulsó la crítica de Pervin (1994a, 1994b), que fue el centro de un animado debate en el *Psychological Inquiry*. Pervin intenta moderar el optimismo de Costa, McCrae y de los rasguistas más convencidos. Por una parte, intenta hacer ver que la evidencia sobre algunos de los puntos centrales de la moderna teoría de rasgos no es tan convincente. Por ejemplo, a juicio de este autor, se ha sobredimensionado la influencia genética sobre los rasgos, su estabilidad a lo largo del tiempo y su capacidad predictiva (Pervin retoma la “barrera” del .30); además, en contra de lo que proponen Costa y McCrae, no existe acuerdo sobre su estructura, y las diferencias entre culturas hacen dudar de la universalidad del esquema de cinco factores. Pero Pervin va más allá y subraya las debilidades conceptuales de la teoría e investigación sobre los rasgos. En primer lugar, bajo la apariencia de acuerdo, no está claro qué es lo central en la definición de los rasgos; algunos autores parecen referirse a *conductas* abiertas, pero otros incluyen pensamientos, sentimientos y motivos. La confusión entre rasgos y motivos es, para Pervin, especialmente importante; mientras que algunos autores como Murray distinguieron claramente entre unos y otros, muchas teorías de rasgos dejan sin clarificar si son lo mismo o son diferentes (la confusión estaba presente en el propio Allport), y, en su caso, si los rasgos emanan de los motivos o viceversa. En segundo lugar, tampoco hay acuerdo sobre si los rasgos son descripciones o explicaciones; aunque muchos autores utilizan el término “rasgo”, parecen hacerlo en sentidos muy distintos. Finalmente, la teoría de rasgos se centra en las diferencias individuales, pero no en los individuos; se ocupa de “sumas” o “agregados” en las respuestas a distintas situaciones, pero no capta la dinámica intraindividual de la personalidad; se centra en estructuras estáticas, pero no atiende al funcionamiento. Por todo ello, también Pervin cuestiona que los rasgos puedan considerarse como el núcleo de nuestra disciplina, y que el estudio de la personalidad haya de basarse en ellos.

Este último aspecto (estructura de diferencias individuales frente a funcionamiento intraindividual) es una de las críticas más repetidas. Y ese es uno de los argumentos más manejados por quienes se erigen como “la alternativa”: los modelos socialcognitivos.

Los planteamientos socialcognitivos no son nuevos. Han ido formándose desde las teorías del aprendizaje social a lo largo de varias décadas, y se hicieron especialmente visibles a partir de la crisis de los rasgos. Últimamente, con los rasgos fortalecidos, y quizá como un intento de no perder terreno, los ataques de los socialcognitivos a los rasgos, y, en general, la polémica entre ambos, se recrudece. Los teóricos socialcognitivos están siendo especialmente beligerantes en sus intentos por recordar que la personalidad no puede reducirse, ni siquiera fundamentarse, en rasgos. Algunos autores, como Mischel, revisan y sistematizan su propuesta original y ofrecen formas alternativas de representar la personalidad. Un libro editado por Cervone y Shoda (1999) reunía a diferentes

investigadores (Bandura, Mischel, Higgins, Dodge, Dweck, Cantor, Markus...) para dejar claro que, pese a su popularidad, los rasgos no son los elementos idóneos para dar cuenta de la coherencia de la personalidad. Se trata de articular un “no” a la “personalidad como rasgos”.

3. La beligerancia socialcognitiva

Muchas figuras importantes en la historia de la psicología podrían considerarse antecedentes de los modernos planteamientos socialcognitivos. Podríamos referirnos, entre otros, a Tolman, Lewin, la *gestalt*, Kelly, Rotter y el propio conductismo skinneriano. No obstante, se suele considerar que tres tipos de contribuciones fueron especialmente influyentes. Por una parte, Bandura, que amplió la concepción de los procesos de aprendizaje y destacó que las experiencias sociales contribuían al desarrollo de la personalidad. Su interés por los procesos cognitivos en el cambio de conducta y en la personalidad fue cada vez mayor; y sus planteamientos sobre la naturaleza proactiva, “agéntica”, del ser humano tuvieron un fuerte impacto. Por otra parte, Mischel, su ataque a los rasgos y, posteriormente, su oferta de un conjunto de unidades cognitivas para reconceptualizar la personalidad. Su trabajo de 1973 *Toward a social learning reconceptualization of personality* hoy sigue siendo teniendo el rango de “manifiesto” para los socialcognitivos. Además, su investigación empírica sobre aspectos del autocontrol y la demora de la gratificación ilustra cómo los procesos cognitivos podían arrojar luz sobre algunos temas clásicos de la psicología de la personalidad. Finalmente, un tercer desarrollo vino de la psicología social experimental. Los investigadores en el campo de la cognición social se interesaron por las fuentes de varianza personal (inteligencia social, autoesquemas...) que, junto con las situaciones, subyacían al afecto, la motivación y la conducta.

Así pues, no se puede hablar de una “teoría socialcognitiva” unificada. Más bien existe un grupo de autores y líneas de trabajo que parecen compartir ciertos supuestos, filias, fobias y formas de investigar. Por eso sería más pertinente hablar de una “familia” (no muy compacta) de planteamientos, que aborda diferentes tópicos, pero que últimamente parece interesada en reunirse y poner en común su forma de concebir la personalidad.

Como principios básicos de estas corrientes, se suele apelar a los siguientes (Caprara y Cervone, 2000; Cervone y Shoda, 1999). Por una parte, asumen el interaccionismo recíproco entre la persona y el entorno. Las personas seleccionan y dan forma a sus ambientes, y los interpretan de acuerdo con sus modos particulares de codificación. El ambiente, a su vez, va creando formas particulares de percibir y construir el mundo. Por otra parte, como sus antecedentes conductistas, son corrientes especialmente preocupadas por el cambio de conducta y por los aspectos más maleables del ser humano. Uno de los representantes más eminentes señala, por ejemplo, que

“el valor de una teoría psicológica se juzga no sólo por su poder explicativo y predictivo, sino por su poder operativo para guiar el cambio en el funcionamiento humano. [La teoría social cognitiva] proporciona directrices explícitas para estructurar las condiciones que promueven el cambio personal y social” (Bandura, 1999, p. 168).

En relación con todo ello está la preferencia por cierto tipo de unidades de análisis. Esta es la nota más distintiva de estos modelos. Sus unidades son cogniciones y capacidades por las cuales las personas simbolizan, construyen y dan forma a los sucesos. De esta forma, pretenden captar los procesos cognitivos básicos que, activados por los contextos sociales, van dando lugar a una conducta flexible, variable a través de las situaciones, pero coherente. A esto responde el rótulo de “teorías socialcognitivas”. No obstante, cabe señalar que, ante el auge de las emociones, y su reconocimiento como componentes importantes de la personalidad, los procesos afectivos cada vez tienen más cabida. De hecho, Mischel prefiere hablar de un sistema “cognitivo-afectivo” de la personalidad. Y, por otra parte, aunque estos modelos nacieron bajo el signo del procesamiento de la información y sus esquemas secuenciales, ahora subrayan las interacciones recíprocas, complejas, entre los distintos elementos, y se adhieren a representaciones de corte conexionista.

Aquí, los rasgos, tal y como se entienden habitualmente, tienen escasa cabida. Los textos socialcognitivos están repletos de argumentaciones contra ellos. Bandura (1999), por ejemplo, contraponen “diferencias individuales” y “determinantes personales”. La conducta humana es condicional, se adapta a los contextos, así que un resumen taquigráfico de las diferencias individuales no dice nada sobre la forma particular de responder a las situaciones:

“Gran parte del campo de la personalidad está buscando las causas de la conducta humana en conglomerados “omnibus”, abstraídos de las realidades sociales de la conducta diaria. [...] La influencia de los factores personales en el funcionamiento humano no se reconoce suficientemente, porque la cuestión se construye en términos estáticos de diferencias individuales, más que en la determinación personal de la acción. El interrogante de más interés en la ciencia de la personalidad no es cómo las diferencias de los individuos en un continuo se relacionan con la conducta, sino cómo los factores personales operan en estructuras causales produciendo y regulando la conducta bajo las condiciones altamente contingentes de la vida cotidiana” (Bandura, 1999, pp. 166-167).

Para Bandura, los rasgos son agregados de conductas que, como tales, no pueden invocarse para explicar otra conducta. Más bien, ellos mismos deben ser explicados en función de los “determinantes personales”. De hecho, se han realizado trabajos que, a través de modelos estructurales, “explican” los cinco “grandes” a partir de unidades de autoeficacia (social, autorreguladora, académica, etc.) (por ejemplo, Caprara, 2000).

En términos semejantes se han expresado otros autores. Las críticas han llovido sobre el análisis factorial como forma de identificar las estructuras básicas de la personalidad.

En los textos socialcognitivos se suceden las metáforas para ilustrar sus deficiencias:

“En un estudio analítico-factorial de las características de aviones, por ejemplo, uno puede descubrir factores como velocidad máxima, manejabilidad, fiabilidad, comodidad y ergonomía como cinco factores ortogonales [...] Pero esos factores no revelan la estructura de los aviones ni nos dicen qué hacer cuando uno se estropea; y no pueden reemplazar ni a las concepciones más rudimentarias de sus componentes (e.g., alas) y cómo éstos se interconectan para hacer que los aviones vuelen de formas distintivas” (Mischel y Shoda, 1994, p. 157).

Así pues, los socialcognitivos muestran su preocupación por el “salto” de lo descriptivo a lo explicativo. Explicar el funcionamiento de la personalidad implica conocer las “piezas”, el engranaje, y no sólo un resumen grueso del producto. La variabilidad situacional no debe quedar reducida a “ruido”, sino que debe incorporarse como un aspecto del funcionamiento personal que puede ser explicado.

Las perspectivas socialcognitivas han dado lugar a muchas corrientes de investigación sobre autoesquemas, auto-discrepancias, inteligencia social, etc. Pero los representantes más emblemáticos, y los que intentan ir más allá de micro-teorías, siguen siendo Bandura y Mischel.

Bandura (1986) basa su teoría en los mecanismos cognitivos que permiten aprender sobre el mundo y sobre uno mismo, y que permiten utilizar ese conocimiento para regular la conducta. Concretamente, propone un conjunto de cinco capacidades básicas: simbolizar, capacidad para aprender a través del modelado, anticipación de sucesos, capacidades autorregulatorias y autorreflexión. Aquí adquiere importancia el concepto de autoeficacia, que ha sido muy productivo en diversos campos de investigación. A través de estas habilidades básicas la persona es capaz de dirigirse hacia sus metas, influir sobre sus experiencias y sus acciones. La persona no se limita a reaccionar, sino que está dotada de “agencia” para ejercer control sobre su vida.

Por su parte, Mischel ha venido ofreciendo un esquema que intenta incorporar tanto procesos como diferencias individuales (Mischel y Shoda, 1995, 1998; Mischel, 1999a). Su modelo está siendo presentado como una opción para conjugar a ambos desde la lente socialcognitiva, sin tener que recurrir a los rasgos tradicionales. Se ofrece como una forma alternativa de entender las disposiciones, donde la variabilidad sea contemplada como parte importante del individuo. Dada su centralidad para el debate sobre las unidades de análisis, merece que le dediquemos un espacio.

La propuesta de Mischel y Shoda es una ampliación y revisión del trabajo de 1973. Allí se postulaban cinco tipos de “variables de persona”, que filtraban y reconstruían las situaciones, dando lugar a la conducta. Ahora esas variables de persona son consideradas componentes de un “sistema cognitivo-afectivo de la personalidad” (CAPS). A las unidades ya existentes, se han añadido algunas otras (afectos y metas), de forma que el conjunto total es el siguiente: Constructos de codificación (para categorizar y ordenar el mundo externo e interno); expectativas y creencias (acerca del mundo so-

cial, de los resultados que tendrá una conducta en una situación, de autoeficacia); afectos (sentimientos, emociones, respuestas afectivas); metas y valores (resultados deseados o indeseados, proyectos); competencias y planes de autorregulación (guiones, estrategias para organizar la acción).

Estas unidades interactúan de un modo dinámico, y se influyen recíprocamente. Ante una situación determinada, se activan ciertas unidades y se enciende un sistema complejo de activaciones y desactivaciones, que da lugar a una conducta. Por ejemplo, esperando por resultados médicos, un individuo construye la situación como una amenaza; esto activa ansiedad, y más atención a las claves amenazantes de la situación; se activa la percepción de incontrolabilidad; de nuevo más ansiedad y expectativas de resultado negativas; esto da lugar a determinados planes y guiones de conducta. Todo ello a través de patrones de activación que ocurren en paralelo, al estilo conexionista. La conducta será el resultado: a) de las características de la situación y b) de la red de cogniciones y afectos que se haya activado.

El CAPS genera un determinado perfil “situación-conducta”. Mischel y colaboradores le han venido llamando perfil “si... entonces”: *Si* se producen determinadas situaciones, con determinados componentes, *entonces*, por medio de un determinado juego de activaciones en el CAPS, se producirá una conducta determinada. Cada persona, en virtud de su CAPS particular, tendrá su propio perfil. Esta será, en términos de Mischel, su “firma conductual”, que viene a sustituir a los “agregados” de conducta (los rasgos). Una persona puede sentirse irritada ante la situación A, pero no ante la B; este puede ser el patrón opuesto al de otra persona, que se irrita ante B, pero no ante A. Estas diferencias se consideran importantes (no “ruido” ni variabilidad que haya que promediar), ya que reflejan propiedades esenciales del

sistema de personalidad. La situación entra a formar parte de la descripción personal de cada sujeto.

Los estudios de Wright, Mischel y Shoda sobre conducta social en niños han avalado la existencia de perfiles estables del tipo “si... entonces...” (Shoda, Mischel y Wright, 1993; Wright y Mischel, 1987). Aunque a dos individuos se les pudiese atribuir el mismo nivel de un rasgo (por ejemplo, agresividad), son diferentes las situaciones que evocan conductas típicas de ese rasgo; unos niños presentan conductas agresivas “cuando un adulto amonesta”, mientras que otros lo hacen “cuando los iguales se aproximan a ellos de un modo positivo”. Los patrones “si... entonces...” pueden entenderse como *disposiciones* estables (reflejo de un CAPS estable); pero, a diferencia de los rasgos, son disposiciones “condicionales”, definidas en términos de situaciones y formas de conducta concretas. Estos patrones pueden estudiarse en un plano idiográfico, aunque es posible identificar “tipos” de personas que comparten un perfil determinado en el CAPS y, por tanto, un patrón “si... entonces...”.

Finalmente, las conductas son codificadas por la propia persona, a través de la autoobservación, y también por otras personas en la interacción social. Tales codificaciones asumen, con frecuencia, la forma de rasgos o de tipos. No obstante, Mischel ha presentado evidencia de que, a medida que se conoce a una persona y esa persona es considerada importante, los individuos utilizan menos los rasgos y utilizan más otras unidades de corte sociocognitivo, como metas (Idson y Mischel, 2001). Así pues, el perceptor lego no siempre es un teórico de rasgos; de acuerdo con Mischel “puede ser un interaccionista intuitivo” (Mischel, 1999b, p. 210).

El proceso completo, desde la situación a las percepciones de personas, se presenta en la Figura 1.

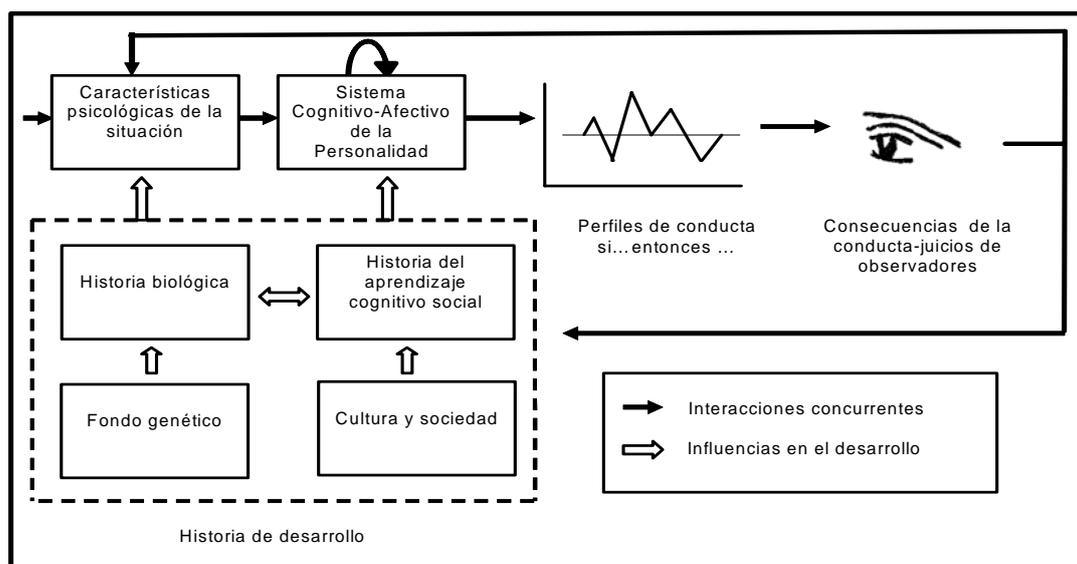


Figura 1: Sistema Cognitivo-Afectivo de la Personalidad (CAPS), con sus antecedentes y sus consecuencias (adaptado de Mischel y Shoda, 1995).

En la figura se muestra que las características psicológicas de las situaciones activan el CAPS. Lo importante no es la situación “nominal”, “objetiva”, sino sus “ingredientes activos”, que varían entre las personas; por ejemplo, para algunas, una fiesta tiene como componente activo las posibilidades de diversión; para otras, las posibilidades de ser sometida a la atención y la crítica de los demás. Pero además, el sistema puede ser activado internamente (la flecha que se curva sobre el CAPS). Esto puede ocurrir, por ejemplo, a través de la rumiación, el recuerdo o la fantasía, que pueden disparar patrones intensos de cognición y afecto.

La activación del CAPS da lugar a un perfil coherente “si... entonces”, que es autopercebido y percibido por los demás. Estas reacciones contribuyen a moldear y reconstruir las situaciones.

Por otra parte, el CAPS se va formando a partir de determinados antecedentes evolutivos. El bagaje genético-biológico, junto con la historia de aprendizaje va dando lugar a una organización distintiva de elementos cognitivo-afectivos. Curiosamente, Mischel parece conceder cada vez mayor importancia a lo que denomina “pre-disposiciones” biológicas. Éstas afectan a las unidades cognitivo-afectivas que la persona tenga más accesibles, y a la forma en que se interrelacionen. Reconoce que, dado la cantidad de conocimientos actuales sobre la influencia genético-biológica sobre la personalidad, ésta no puede ser obviada. Y no sólo se refiere al sustrato neuroquímico o fisiológico. Apela, explícitamente, al *temperamento*:

“Por ejemplo, variables de temperamento o reactividad, como actividad, irritabilidad, tensión, distrés y labilidad emocional, visibles desde etapas tempranas de la vida (Bates y Wachs, 1994), parecen tener importantes vínculos, complejos e interactivos, con el procesamiento emocional y atencional y la autorregulación [...] y esto debería influir sobre la organización entre las unidades mediadoras del sistema” (Mischel y Shoda, 1995, p. 260).

Sobre esto volveré más adelante. Cabe preguntarse hasta qué punto se ha conseguido conjurar al fantasma de los rasgos.

En definitiva, Mischel y Shoda proponen una opción que, en sus propias palabras, intenta difuminar la línea que separa diferencias y procesos. Los modelos procesuales tradicionalmente han sido criticados por descuidar las diferencias individuales. Mischel habla de una “reconciliación”. Pero con unas características muy particulares. Se trata, sí, de dar paso a la idea de “disposición” como tendencia estable. Pero evitando la referencia (al menos explícita) a los rasgos como entidades causales.

Para finalizar con los autores socialcognitivos, éstos parecen dispuestos a cooperar y a “mezclarse” con diferentes perspectivas de la psicología de la personalidad. Cervone y Shoda (1999) señalan que las teorías socialcognitivas tienen afinidad con otros puntos de vista, como los proyectos y afanes personales (Little, Emmons), las narrativas autobiográficas (McAdams, Singer), los modelos de emoción basa-

dos en la valoración cognitiva (Lazarus), el interaccionismo de Magnusson e incluso la investigación psicodinámica más moderna. El único anatema parecen los rasgos. En palabras de estos autores, “si los rasgos se entienden como estructuras psicológicas universales que se corresponden y causan patrones amplios de respuesta, entonces la mezcla con ellos no es aceptada” (Cervone y Shoda, 1999, p. 10). Caprara (1996) señaló que existe más voluntad de acercamiento por parte de los socialcognitivos que por los estudiosos de los rasgos. Sin embargo esto parece cuestionable, a la luz de estas declaraciones, y de otras que luego veremos.

Así las cosas, parece que se está potenciando una especie de bipartidismo (cada uno intentando ganar la tierra de nadie), que no favorece a la comprensión de la personalidad como un todo². Cabe preguntarse si no es posible una integración real de unidades de análisis, donde los rasgos (que, por otra parte, no han proporcionado tan malos dividendos a nuestra disciplina) puedan desempeñar su papel. Seguramente la personalidad sea algo más que rasgos, pero quizás haya que contemplarlos. Después de todo, la personalidad se define como una organización compleja, donde tendrán que convivir lo amplio y lo específico, lo más endógeno y lo más dependiente de las situaciones, lo que es difícil cambiar y lo que podemos variar. Veamos, en el próximo apartado, distintas posturas sobre las posibilidades de integrar unidades y datos de las “dos disciplinas”.

4. ¿Es posible la integración?

4.1. El escepticismo de Cervone

¿Es posible reunir en un mismo molde la tradición de rasgos y la socialcognitiva? Hace años que Cervone viene señalando que “las teorías de rasgos y las socialcognitivas no pueden ser fácilmente reconciliadas”. Esa integración se considera “conceptualmente problemática y empíricamente innecesaria” (Cervone, 1999, p. 304, 329; véase también Cervone, 1997; Cervone, Shadel y Jencius, 2001). La razón es que, de acuerdo con este autor, el problema va más allá de estudiar diferentes unidades de análisis, o atender a diferentes facetas de la persona. La diferencia es más fundamental y difícil de salvar. Son diferentes estrategias de explicación. En la teoría de rasgos, las variables disposicionales tienen estatus causal. Para los socialcognitivistas, las tendencias disposicionales son *fenómenos* a explicar.

² En esta especie de batalla los rasgos parecen dominar si atendemos a qué cosas se investigan. Sin embargo, curiosamente, Pervin y John (1997, p. 444) señalan que la aproximación socialcognitiva “es actualmente la favorita entre los psicólogos de la personalidad académicos”. Quizás el diagnóstico de Pervin y John no sea muy acertado. De otro modo, habrá que preguntarse por la “esquizofrenia” de los psicólogos de la personalidad entre lo que opinan y lo que hacen.

Cervone retoma la distinción de Lewin (1935) entre dos tipos de conceptos explicativos: aristotélicos y galileicos. Las estrategias explicativas aristotélicas buscan “clases definidas abstractamente que constituyen la naturaleza esencial de un objeto y, por tanto, como la explicación de la conducta” (Lewin, 1935, p. 15). Así pues, se busca una especie de cualidades abstractas, inherentes al individuo, y que se expresan en distintos tipos de situaciones. De acuerdo con Cervone, la teoría de rasgos es prototípicamente aristotélica. Como las categorías aristotélicas, los rasgos encapsularían las propiedades estáticas, esenciales, del individuo, y esto se tomaría como explicación de su conducta. Por el contrario, las explicaciones galileicas buscan los procesos dinámicos que explican los fenómenos. No se trata de buscar las propiedades inherentes del objeto, sino de especificar qué mecanismos interactivos entre el objeto y su ambiente dan lugar a una acción concreta. En este sentido, las aproximaciones social-cognitivas serían explicaciones galileicas, como las que Lewin reclamaba para la psicología.

Una distinción relacionada con esta es la diferencia entre estrategias de explicación “arriba-abajo” (*top-down*) y “abajo-arriba” (*bottom-up*) (Kitcher, 1985). En las estrategias arriba-abajo, los hechos particulares se explican encajándolos en un marco organizativo sencillo y amplio. Este marco proporciona un sistema preexistente donde los nuevos actos pueden ser anticipados y entendidos, reduciendo y simplificando al máximo los principios que hay que asumir. Cada objeto individual es “explicado” como ejemplo de algún tipo de tendencia o fenómeno más abstracto. Sin embargo, las aproximaciones abajo-arriba procuran identificar los mecanismos específicos que entran en juego en un caso particular, haciendo hincapié no sólo en las tendencias, sino también en las violaciones de la “norma” estadística. De acuerdo con el análisis de Cervone, los modelos de rasgos serían explicaciones arriba-abajo. Organizan las variables de diferenciación individual y proporcionan una explicación simple ubicada a la persona en un sistema común para todos. Las explicaciones socialcognitivas serían perspectivas abajo-arriba. Delimitan procesos internos, e intentan explicar no solamente a las tendencias “agregadas”, sino patrones únicos de respuesta.

De acuerdo con Cervone, los modelos abajo-arriba, como los socialcognitivos, son los apropiados para estudiar la personalidad; al menos si se desea ir más allá de la predicción y proponer verdaderas “causas” de la acción individual. Los propios rasgos deben ser explicados por medio de procesos socialcognitivos. El análisis factorial, la base del modelo de rasgos dominante, identifica patrones que sólo son descriptivos y que, en distintos individuos, pueden responder a mecanismos distintos. En definitiva, desde una perspectiva “abajo-arriba”, los rasgos no son admitidos como genotipos y, por ello, de acuerdo con Cervone (y también otros autores; Zelli y Dodge, 1999) los modelos socialcognitivos no pueden “integrarse” con la moderna teoría de rasgos. A pesar de su atractivo superficial, los rasgos son constructos rudimentarios de los que, salvando alguna utilidad práctica, una ciencia madura podría prescindir.

4.2. Los niveles de análisis de McAdams

Algo más benevolente con los rasgos es McAdams. Al menos, los incorpora como uno de los “niveles” necesarios para conocer a una persona.

McAdams (1994, 1995, 1996) intenta dar respuesta a la pregunta “¿Qué conocemos cuando conocemos a una persona?”. McAdams no se adentra, a diferencia de Cervone, en los problemas de la *explicación* y de qué unidades son las verdaderas causas. Antes de poder explicar los fenómenos de la personalidad, o de hacerse cargo del desarrollo, la estabilidad y el cambio, la tarea más primaria es la *descripción*. Por ello, es prioritaria la tarea de ordenar y reunir, en un marco integrador, las unidades de análisis necesarias para describir la personalidad.

Para dar respuesta a ese interrogante, McAdams hace una propuesta sencilla: tres niveles de análisis que difieren en el grado de contextualización y de estabilidad. En el *nivel I* se encuentran los rasgos. Es el nivel de las dimensiones comparativas, estables, relativamente descontextualizadas y generalizadas. Los rasgos proporcionan una primera lectura de las personas; el individuo queda ubicado en un marco general, en una serie de dimensiones socialmente significativas. Es una información valiosa especialmente para una primera evaluación de personas que conocemos muy poco. En este sentido McAdams define a los rasgos como una “psicología del extraño”. Los rasgos nos proporcionan un esquema inicial, necesario pero no suficiente, del individuo; así que cuando deseamos conocer más de una persona, debemos movernos hacia otros niveles.

El *nivel II* es una categoría un tanto heterogénea de unidades, que incluye motivos, esquemas, estilos de afrontamiento, afanes, proyectos, tareas vitales, estilos de apego, valores, representaciones del yo-con-otros, estrategias, tácticas y habilidades específicas. Las unidades de este nivel se agrupan bajo el nombre genérico de “intereses personales” (*personal concerns*). Son unidades definidas en términos de motivación, estrategias o desarrollo. Se refieren a qué buscan las personas durante períodos determinados o dominios particulares de sus vidas, y qué métodos (planes, estrategias...) utilizan para lograrlo. La diferencia fundamental con los rasgos es que serían unidades contextualizadas: en el tiempo, el espacio y/o en roles específicos. Algunas, como las tareas de vida, se vinculan a etapas del desarrollo; otras como las metas y los planes, son unidades proyectadas hacia el futuro; en ambos casos, el tiempo es un referente importante. Otras unidades están contextualizadas en ámbitos específicos: competencias en dominios concretos, actitudes, esquemas, etc. Finalmente, otro contexto importante son los roles sociales. Algunas tareas, afanes, estrategias, competencias, valores, etc., pueden ser específicos de algún rol particular (por ejemplo, se puede buscar un alto grado de ejecución en el rol profesional, pero no en otras actividades).

En este segundo nivel quedarían recogidas muchas unidades “favoritas” para los modelos socialcognitivos, aunque esta no sea la etiqueta utilizada por McAdams. Con todo, el

propio McAdams reconoce que es un conjunto de unidades desordenado y pobremente definido (McAdams, 1996, p. 305), y que todavía no está claro qué incluir en ella. Precisamente, de acuerdo con este autor, una de las tareas pendientes para los psicólogos de la personalidad debería ser su clasificación y organización.

Finalmente, el *nivel III* se situarían las historias de vida. El nivel I nos proporcionaba una descripción general del individuo; el nivel II lo asentaba como un actor en escenarios concretos de vida; pero un aspecto importante que no queda suficientemente recogido en ninguno de ellos es la integración, la unidad y el propósito general de la vida de una persona. Esto es lo que aportan las narrativas personales y, concretamente, las historias de vida propuestas por McAdams. Si el nivel I representaba el “tener” y el nivel II el “hacer”, el nivel III tiene que ver con “construir” el yo. De acuerdo con McAdams, en las modernas sociedades occidentales, los individuos, a partir de la adolescencia, reúnen el “material” que han ido recogiendo a lo largo de su vida, y lo hilan en un relato interiorizado. De esta forma se integran los distintos roles, valores, habilidades y cambios experimentados por el sujeto, y se organiza una identidad coherente, influida por el contexto y los mitos de la cultura en que se vive.

Se ha propuesto que estos tres niveles podrían ayudar a clarificar aspectos tan cruciales como la estabilidad y el cambio en personalidad. Éstos dependen del nivel al que nos estamos refiriendo. Los rasgos serían la parte más estable. Los proyectos, afanes, estrategias, tareas, etc. (nivel II) son facetas más fluidas, que se ajustan a las demandas situacionales y evolutivas del individuo. Finalmente, las historias de vida (nivel III) son, en esencia, cambiantes.

Un aspecto a tener en cuenta de la propuesta de McAdams es que los tres niveles se consideran conceptualmente independientes, como tres niveles paralelos. Cada nivel merece estudiarse en sí mismo, en sus propios términos, utilizando modelos, gramáticas y lenguajes “autóctonos”. En distintos escritos, McAdams parece reacio a establecer conexiones apresuradas entre los niveles:

“Los niveles no tienen por qué existir en relación significativa con los otros para existir como niveles significativos [...]. Incluso probablemente ni es aconsejable ahora mismo implicarse en una búsqueda febril de conexiones entre niveles, ya que haciendo esto el investigador puede acabar intentando justificar un nivel en términos del otro” (McAdams, 1994, p. 309).

McAdams teme que se pueda intentar reducir un nivel al otro (y que, eventualmente, “todo” intente ser explicado apelando a los rasgos). De hecho, indica que no se trata de una jerarquía vertical; ningún nivel es la “base” sobre la que se sustentan los otros. McAdams (1994) llega a dudar que la palabra “nivel” sea la adecuada y propone que quizá sea mejor hablar de “dominios” muy diferentes.

Las reticencias ante la posibilidad de buscar conexiones entre niveles han sido blanco de muchas críticas (Little, 1996; McCrae, 1996; Singer, 1996). Ciertamente, el temor a que la personalidad quede diluida en el “imperialismo” de los rasgos parece llevar a McAdams a una postura defensiva

y un tanto forzada. Es difícil resistirse a la tentación de buscar vínculos entre los distintos niveles (o dominios), y de hecho, esta parece una tarea muy legítima si partimos de que la personalidad es una organización coherente.

En nuestra opinión, la propuesta de McAdams es útil como intento de evitar que la psicología de la personalidad quede reducida a rasgos. Anima a los psicólogos de la personalidad a no dejarse absorber por los cantos de sirena de algunos rasguistas empedernidos. Se debe reconocer que la personalidad es un mundo plural, donde son necesarios conceptos y ángulos distintos, y en ello insiste este autor. Su esquema es una especie de ordenación “ecuménica” donde conviven unidades de familias diferentes, desde la disposicional a la personalológica (retomando el hilo del debate que planteamos en páginas anteriores, coexisten rasgos y unidades socialcognitivas). Es una convivencia pacífica, en la medida en que no se establecen relaciones entre ellos. Pero una auténtica integración debe ir más allá. La personalidad exige que nos ocupemos de interacciones, funcionamiento global, sinergias..., y para ello hay que buscar enlaces entre los tres niveles “flotantes”. Singer (1996) señaló que la propuesta de McAdams es más bien una “sociología de la disciplina”; resume nuestro campo de estudio, mostrando qué es lo que ha interesado a los psicólogos de la personalidad. Pero no aborda las cuestiones fundamentales de dinámica y organización.

De todas formas, seguramente ese no era el propósito de McAdams. No es aleatorio el que su artículo lleve por título *Qué conocemos cuando conocemos a una persona*. Es una propuesta sobre formas distintas de estudiar *personas*, pero no un modelo completo de *personalidad*. Esto es algo que, a diferencia de McAdams, sí parece interesar a McCrae y Costa.

4.3. La integración rasguista de Costa y McCrae

Una de las críticas más frecuentes al modelo de cinco factores es la falta de teoría. Se le ha considerado un esquema muy inductivo, nacido de nociones populares (*folk concepts*), pero sin un armazón de conceptos y postulados que los arroje y que sirva para guiar la investigación. Ante estas acusaciones, en 1996, Wiggins invitó a los investigadores asociados con el modelo a articular sus perspectivas teóricas. Se formularon propuestas muy diversas (la perspectiva interpersonal del propio Wiggins, la teoría evolucionista, la teoría socioanalítica de Hogan...), pero quizá la de mayor impacto fue la de McCrae y Costa. Muchos de los celos que generan los rasgos, tiene que ver con la postura de estos autores, que convierten a los “cinco” en la base para integrar otras unidades de la personalidad.

La propuesta integradora de Costa y McCrae se ha ido gestando a lo largo de los 90 y ha sido rotulada como “teoría de los cinco factores” (*five-factor theory*; McCrae y Costa, 1996). Los autores intentan dar sentido a la explosión de resultados que se van acumulando sobre el modelo de cinco factores. Se trata de construir una teoría que explicite cómo concebir la naturaleza humana, cuáles son las variables necesarias para estudiar la personalidad y los procesos que las

conectan. En palabras de sus autores, la teoría de cinco factores “intenta proporcionar una panorámica del funcionamiento de la persona como un todo a lo largo del ciclo vital” (McCrae y Costa, 1999, p. 150).

En la Figura 2 se muestra una representación esquemática de los componentes de la personalidad de acuerdo con la teoría de cinco factores, con algunos ejemplos proporcionados por Costa y McCrae. Los componentes nucleares son

los que aparecen en rectángulos. Las elipses reflejan componentes más periféricos, que reflejan las interconexiones de la personalidad con otros sistemas. La figura puede interpretarse transversalmente, como un diagrama que muestra cómo opera la personalidad en un momento dado (las influencias externas serían la situación y la biografía objetiva, la conducta); pero también puede interpretarse como un modelo de desarrollo de la personalidad a lo largo de la vida.

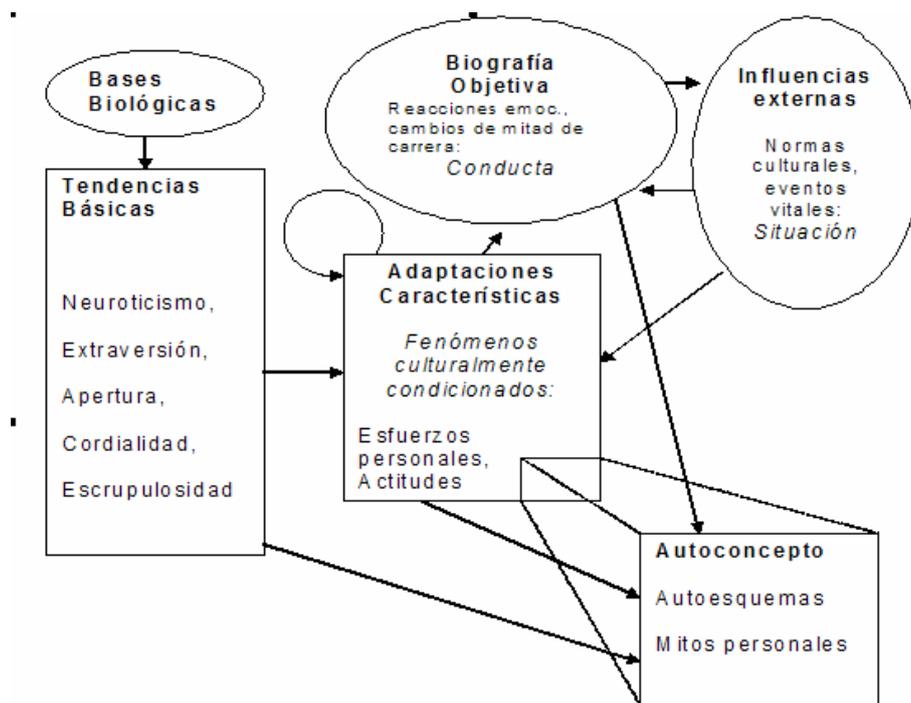


Figura 2: Representación de los componentes de la personalidad y sus relaciones de acuerdo con la teoría de cinco factores (adaptado de McCrae y Costa, 1999).

Las *tendencias básicas* serían la “materia prima” universal de la personalidad. Los rasgos de personalidad se situarían en este núcleo. Se consideran tendencias básicas, endógenas, determinadas por factores biológicos (genes, estructuras cerebrales), aunque los mecanismos precisos todavía no son conocidos. Los rasgos se organizan jerárquicamente, y los “cinco” representan el más alto nivel de la jerarquía.

Las *adaptaciones características* son las formas en que se manifiestan los rasgos en un ambiente, cultura o etapa de la vida determinada. Los hábitos, actitudes, intereses, habilidades adquiridas, creencias, metas, expectativas, planes forman parte de este componente. Aquí se incluyen las unidades socialcognitivas (y las unidades del nivel II de McAdams). El *autoconcepto* es un subcomponente de las adaptaciones características, al que se concede especial importancia; en él se incluyen los autoesquemas y las narrativas personales (nivel III de McAdams).

Las adaptaciones características interactúan entre ellas a través de procesos dinámicos (representados por la flecha que se curva sobre sí misma), y este es uno de los campos de investigación más activos de los modelos socialcognitivos.

La distinción entre tendencias básicas y adaptaciones características es particularmente importante, y aquí radica el *quid* de la integración entre rasgos y unidades socialcognitivas. Éstas derivan de los rasgos y de los condicionantes externos. Las metas, planes, expectativas, estrategias... serían los mediadores entre los rasgos y la conducta. Los rasgos son estables, pero las adaptaciones características son más plásticas, ya que responden a influencias ambientales cambiantes.

En cuanto a los componentes periféricos, la *biografía objetiva* recoge los comportamientos y experiencias del individuo a lo largo de su vida. Las *influencias externas* incluyen elementos culturales y situaciones concretas. Entre ambos componentes se establecen relaciones recíprocas.

Costa y McCrae reconocen que su esquema ha de seguir refinándose, y que probablemente tendrá que ser complementado con “subteorías”. Quizás cada uno de los factores de personalidad necesite un tratamiento especial. Así mismo, se necesita sistematizar el campo de las adaptaciones características y sus procesos, y se necesitaría un abordaje más formal del autoconcepto. No obstante, también señalan que muchos conocimientos ya existentes podrían encajarse en este modelo, y que otros muchos podrán generarse a partir de él.

El esquema de Costa y McCrae (y, especialmente, la relación entre rasgos y adaptaciones características) ha adquirido mucha popularidad. Por ejemplo, algunos autores consideran que es un esquema útil para entender qué puede cambiar la psicoterapia (Harkness y Lilienfeld, 1997). Y muchos estudios sobre rasgos y unidades cognitivas (metas, expectativas, valores) sintonizan con el modelo (Langston y Sykes, 1997; Roberts y Robins, 2000): se considera que las unidades cognitivas son “causas próximas”, que, a su vez, están influidas por los rasgos (“causas distales”).

Esta relación es precisamente lo que McAdams y, especialmente, los autores socialcognitivistas, rechazan. Estos autores niegan que sus unidades puedan contemplarse bajo la influencia de los rasgos. No obstante, podemos preguntarnos hasta qué punto consiguen rehuir el efecto de los rasgos. Si examinamos detenidamente sus propuestas, parece que los rasgos son una compañía poco grata, pero difícil de erradicar.

5. Concluyendo: Escisiones, reconciliaciones... y ambivalencias

El nuevo auge de los rasgos ha levantado revuelo. Se teme al reduccionismo y a que se oscurezcan otras áreas de la personalidad. McCrae (1994) señala que los rasgos están siendo atacados porque su éxito amenaza con inundar toda la disciplina. Lo cierto es que, con unos u otros términos, y desde una u otra perspectiva, distintos autores coinciden en denunciar las limitaciones (o, peor aun, las inutilidades) de los rasgos. Esta situación amenaza con potenciar la idea de que hay “dos disciplinas” condenadas a no entenderse.

Algunos como McAdams intentan delimitar espacios, y nos hablan de “niveles”. Este autor intenta dejar claro que los rasgos son sólo una parte, y no el todo. No obstante, la propuesta de McAdams debiera clarificar algunas ambigüedades. Se insiste (y no sólo McAdams) en que los rasgos son descontextualizados, frente a las unidades del nivel II. Esta es una de las líneas de demarcación más importantes entre los dos niveles. No obstante, habría que destacar que la descontextualización no suele ser absoluta; los rasgos llevan implícita la alusión a situaciones; decir que alguien puntúa alto en “afabilidad” es asumir que tenderá a ser afable en ciertos tipos de situaciones, relevantes para ese rasgo. Pero, además, no todos los rasgos que se han estudiado en nuestra disciplina son igualmente “genéricos”; los modelos de rasgos suelen

hablar de jerarquías, donde existen rasgos más específicos y otros más generales. A esto hay que añadir que el nivel II de McAdams comprende un amalgama de unidades muy dispersas; y no todas son igualmente contextualizadas. Nos podemos preguntar si los motivos (de afiliación, de poder, de logro), que McAdams introduce en este nivel, son unidades mucho más contextualizadas que muchos rasgos; sin ir más lejos, uno de los rasgos (facetas) que se miden en el NEO-PI-R es, justamente, “necesidad de logro”. Incluso los afanes de Emmons son definidos en términos disposicionales, muy generales (“ser una buena persona”, “lograr lo que me propongo”...). Así pues, dentro de los dos niveles hay unidades más y menos específicas. Trazar una línea divisoria entre *todos* los rasgos y *todas* las unidades del nivel II, apelando a la contextualización, es una opción demasiado simplista. Los rasgos no siempre son vaguedades no condicionales, superficiales y descontextualizadas.

Al margen de esto, ya señalé que el planteamiento de tres niveles inconexos parece insuficiente. No es difícil imaginarse cómo los rasgos pueden tener relaciones con las metas, motivos, valores, proyectos... y de hecho, hay trabajos que muestran relaciones interesantes entre los dos “niveles” (Burger, 1995; Little, Lecci y Watkinson, 1992). También sería poco verosímil pensar que los afanes, proyectos, motivaciones, etc., no moldean las historias de vida (el propio McAdams ha estudiado cómo se relacionan las historias y las motivaciones medidas con el TAT); incluso la propia historia podría impulsar determinados motivos. Igualmente se podría suponer que rasgos e historias tienen algún tipo de vinculación (el neuroticismo podría relacionarse con un “tono” narrativo negativo; la apertura con una mayor riqueza de imágenes...). Todos estos nexos pueden ser significativos, y ayudan a entender la personalidad como un todo.

Otros autores son más radicales que McAdams e intentan limitar al máximo el papel de los rasgos, priorizando expectativas, creencias, esquemas, metas, constructos de codificación, etc. y buscando los procesos que generan la conducta. Una buena ilustración es el estudio de Caprara (2000), que ya fue mencionado. El trabajo sitúa a los rasgos (concretamente, los “cinco”) en el final de un modelo de ecuaciones estructurales. Tanto las variables exógenas como las mediadoras son formas de autoeficacia. Por ejemplo, la extraversión queda predicha por la “autoeficacia de emociones positivas”, “autoeficacia social” y “autoeficacia regulatoria”. La estabilidad emocional es el resultado de “autoeficacia de emociones negativas” y “autoeficacia regulatoria”. Así pues, los rasgos son un *producto*, y no una causa. Este esquema invierte la forma en que estamos acostumbrados a contemplar los rasgos. En la línea de Bandura, la autoeficacia es el constructo más poderoso.

No obstante, da la impresión de que se está defendiendo un esquema demasiado unidireccional. La autoeficacia, en sus distintas modalidades, no surge de la nada. Cabe preguntarse si los pensamientos, afectos y conductas que forman la extraversión o el neuroticismo no tendrán algo que ver en el origen de la autoeficacia (social, en relación con emociones

positivas, autorregulatoria...). Intentando arrinconar a los rasgos, se cae en una especie de idealismo, como si los conceptos cognitivos fuesen una fuente de influencia absoluta e immanente. Al final, una postura tan reduccionista como aquellas otras que se intenta combatir.

Por otra parte, podríamos cuestionarnos hasta qué punto muchos conceptos socialcognitivos son realmente diferentes a los rasgos. Un estudio de Fuhrman y Funder (1995) muestra que algunas medidas de autoesquemas parecían captar un dominio no muy diferente al de los rasgos del CPI. De acuerdo con Funder, las investigaciones socialcognitivas han sido muy negligentes con la validación de sus constructos. Con frecuencia se acaban utilizando medidas de diferencias individuales muy semejantes a los rasgos, y con instrumentos típicos de la metodología rasguista más tradicional. A pesar de esto, se ignoran los principios psicométricos más elementales; muchas medidas constan de tres o cuatro ítems, que varían de un estudio a otro, y con fiabilidad y validez desconocidas³. Para Funder, bajo la insignia socialcognitiva se están "re-etiquetando" variables tipo rasgo; sin embargo se actúa como si, con las nuevas etiquetas, se obtuviese inmunidad para los problemas de la evaluación tradicional.

Pero, en nuestra opinión, hay otra forma, muy sustancial, en la que los rasgos impregnan los modelos socialcognitivos. Recordemos que Mischel y Shoda intentan conjugar disposiciones y procesos. De sus intenciones conciliadoras, cabría esperar que los rasgos fuesen admitidos, junto con las unidades socialcognitivas. Sin embargo, acaban proponiendo que las disposiciones pueden entenderse sin necesidad de rasgos y se centran en el CAPS como la "estructura" de la personalidad.

Pero curiosamente, en algunas parcelas del modelo, los rasgos, como entidades genotípicas, no han desaparecido. En la cita que antes reproduje de Mischel y Shoda (1995), se admitía que variables "de temperamento" como actividad, irritabilidad, tensión, labilidad emocional, etc., influían sobre la organización del CAPS. En otro lugar Mischel se pronuncia en términos muy semejantes a esos:

"Los individuos difieren en diversos factores bioquímico-genético-somáticos que pueden ser conceptualizados como *pre*-disposiciones. Estas *pre*-disposiciones finalmente influyen sobre cualidades relevantes para la personalidad, como sensibilidad y vulnerabilidad sensorial y psicomotora, habilidades y competencias, temperamento (incluyendo nivel de actividad y emocionalidad), estados de ánimo crónicos y estados afectivos. Estas, por su parte, afectan al sistema psicológico —el CAPS— que emerge y se observa en el nivel de análisis psicológico" (Mischel, 1999a, p. 54).

³ Por ejemplo, un estudio intenta medir 7 "unidades cognitivo-afectivas" (constructos de codificación, competencias, expectativas acerca de uno mismo...) con 21 ítems del tipo "Cuando otra persona me causan problemas, pienso rápidamente que lo hacen a propósito", "Soy capaz de controlarme cuando me siento frustrado" (Vansteelandt y Van Mechelen, 1998). Ciertamente, son ítems que podrían formar parte de medidas de rasgo muy tradicionales.

Así pues, centrémonos en las influencias que recibe el CAPS, y nos tropezaremos, con sorpresa, con una serie de variables que, aunque Mischel no las identifica como "rasgos", es difícil calificarlas de otro modo. Son variables de diferenciación interindividual, biológicamente determinadas, que reflejan tendencias de conducta. Sin embargo, Mischel no pone en duda el papel causal de estas variables. Es más, reconoce que deben desempeñar un papel especial, dada la evidencia que está apareciendo sobre la relación genética-personalidad. Hace continuas referencias a Plomin, un autor que, justamente, ha venido defendiendo la base genética de los rasgos, y al que también invocan los rasguistas para defender que los rasgos son genotipos.

Algo semejante ocurre con Cervone. Explícitamente, afirma que el temperamento sí tiene cabida en el análisis socialcognitivo:

"Los factores de temperamento pueden formar parte de un grupo de variables que contribuyen a la formación de las estructuras socialcognitivas [...]. El niño temperamentalmente inhibido (Kagan y Snidman, 1991), por ejemplo, puede desarrollar menos habilidades de afrontamiento con las nuevas circunstancias y más bajas creencias de autoeficacia para actividades que implican a extraños" (Cervone, 1999, p. 332).

Parece que Cervone se refiere particularmente al temperamento infantil. De hecho, señala que en la adultez los procesos socialcognitivos pudieran alcanzar autonomía funcional. Pero de un modo u otro, se debería especificar con claridad por qué ciertos rasgos se admiten (y por qué no se les llama "rasgos"), mientras que otros no son admitidos y, al final, se acaba arremetiendo contra todo lo que se lleve esa etiqueta. Cervone presenta algunos indicios de cuáles pueden ser sus razones; señala que, en modelos de temperamento como el de Kagan, se proponen "sistemas fisiológicos bien especificados" que son "activados por contextos particulares" (Cervone, 1999, p. 332), y, en este sentido, podrían formar parte de las explicaciones abajo-arriba.

En general, los modelos socialcognitivos presentan una cierta ambivalencia hacia los rasgos. Intentan renegar de ellos, como del "gran" enemigo, pero, al mismo tiempo necesitan incluirlos para "estar al día" en una ciencia que no puede negar las influencias biológicas. Hablan de "temperamento" como si fuese algo distinto a los rasgos cuando, habitualmente los modelos de temperamento se encarnan en rasgos (véase Strelau, 1998).

En nuestra opinión, hay algo que enmaraña este debate y que, lamentablemente, no suele hacerse explícito. Se está identificando "rasgos" y "teoría de rasgos" con un modelo concreto: el modelo de cinco factores.

Este modelo es una opción que, por diversas razones (algunas de ellas tendrán que desvelarlas algún día los sociólogos de la ciencia) ha alcanzado un impacto enorme. Pero no es la única. El modelo de cinco factores puede ser vulnerable a algunas de las críticas frecuentes, como un origen eminentemente "factorialista" e inductivo (y todo lo que de ahí se deriva: posibilidades de reificar, circularidad, etc., etc.).

Sin embargo, curiosamente en unos autores tan empeñados en denostar “el rasgo”, hay demasiado silencio sobre otros modelos que han ido más allá del análisis factorial, y que han anclado sus conceptos en diferentes niveles de análisis, y en mucho trabajo experimental y psicobiológico. Pensemos en Eysenck, Gray, o en las modernas teorías inspiradas en ellos. Si, como parece desprenderse del análisis de Mischel, lo importante es que los rasgos (el “temperamento”) tengan una fundamentación biológica relativamente clara (ciertamente los “cinco” no han pasado de índices de heredabilidad), quizás esos otros modelos puedan valer. Si, como propone Cervone, es importante que se especifiquen procesos fisiológicos y que se entiendan los rasgos como formas de responder ante determinadas situaciones, el modelo de Gray podría ser una buena opción. Cuando Gray nos habla de ansiedad, está delimitando unos procesos fisiológicos bien estudiados, que no se disparan indiscriminadamente, sino ante determinados estímulos: señales de castigo o ausencia de recompensa.

Así las cosas, consideramos que, cotejando el modelo de Mischel y Shoda y la propuesta integradora de Costa y McCrae, las diferencias no son insalvables. El esqueleto fundamental podría valer para ambos. Tenemos un núcleo de influencias básicas (entre ellas, influencias biológicas que dan lugar a rasgos); los rasgos afectan a planes, estrategias, formas de codificación, expectativas, etc.; éstas son sensibles a la situación, y dan lugar a que los rasgos se expresen de uno u otro modo. La diferencia fundamental está en dónde ponemos el acento. Mischel y Shoda enfocan la parte del escenario que se refiere a la variabilidad y la flexibilidad de la conducta. Costa y McCrae sitúan en el centro a las “tendencias básicas” más estables y endógenas. Ambos aspectos son necesarios para comprender la personalidad y parece lícito que unos investigadores presten más atención a lo estable y otros a lo variable. En unos casos, y con determinados objetivos, puede ser más interesante centrarse en las tendencias “promedio” de un individuo, y en otros casos, quizá queramos atender a la “desviación típica”, a la variabilidad intraindividual. Un estudio reciente sobre conductas asociadas a los cinco grandes sugería que tanto una descripción en términos de rasgos, como una descripción más condicional (metas, patrones si... entonces...) son viables y útiles (Fleeson, 2001).

Así pues, aunque con diferentes matices y focos, parece irse arraigando una visión de la personalidad donde las estructuras más estables y los aspectos más cambiantes pueden convivir. Esto es algo que, de hecho, no es novedad para

otros modelos que, desde hace ya algún tiempo, han venido proponiendo una jerarquía de niveles en las unidades de la personalidad. Sin ir más lejos, en nuestro país, el modelo de parámetros de Pelechano (1973, 1989, 1996, 2000) ha venido postulando la existencia de, al menos, tres niveles en cuanto a consolidación y estabilidad en el funcionamiento personal: un nivel “básico”, donde se sitúan unidades de personalidad muy resistentes al cambio (e.g., dimensiones temperamentales, autoritarismo, creencias y valores, competencias intelectuales, sociales e interpersonales); un nivel “intermedio”, que representa el funcionamiento en contextos de vida como la profesión, familia o salud (e.g., motivación, locus de control, distintos roles, afrontamiento); y un nivel más específico, relativo al funcionamiento en situaciones concretas. Todos estos sistemas de la personalidad interactuarían entre sí con distinto nivel de integración; pero se propone, además, un nivel superior de integración personal, responsable de la identidad individual, que permite al ser humano un funcionamiento relativamente integrado. En general, el modelo de parámetros coincide con otras propuestas revisadas en este trabajo, en la delimitación de niveles, aunque con planteamientos más flexibles y complejos. Así, por ejemplo, el modelo propone que existen rasgos de mayor y menor consolidación, y que existen formas distintas de evaluar una misma dimensión, correspondientes con los distintos niveles: por ejemplo, podemos evaluar ansiedad a nivel “básico”, “intermedio” o “situacional”. Recordemos que éste era un asunto que no resolvían planteamientos como el de McAdams, para quien los “rasgos” se quedaban fijados, en bloque, dentro de la categoría de máxima descontextualización.

Para concluir, y ante la polémica de las “dos disciplinas”, nuestra postura es que no parece razonable seguir defendiendo una psicología de la personalidad escindida. Seguramente deba ser una disciplina plural en unidades, conceptos y métodos, sin que esto la tenga que convertir en un campo de batalla donde todos intenten triunfar como la “gran” opción. La personalidad puede estudiarse desde perspectivas distintas, atendiendo a estructuras y procesos, a lo más estático y lo más cambiante; pero, aun así, debe haber un espacio para articular conocimientos. Una disciplina como la nuestra no debe quedar dividida en “escuelas” que se repliegan sobre sí mismas; la personalidad es organización, y esto debe ser un antídoto contra la fragmentación. Los planteamientos de niveles abren puertas interesantes, que amplían e integran los horizontes de la disciplina, y que no debieran pasar desapercibidos para los interesados en el estudio de la personalidad.

Referencias

- Allport, G. W. (1958). What units shall we employ? In G. Lindzey (Ed.), *Assessment of human motives* (pp. 239-260). Nueva York: Rinehart.
- Allport, G.W. (1966). Traits revisited. *American Psychologist*, 21, 1-10.
- Báguena, M.J. (1989). El análisis dimensional y/o disposicional del individuo. En E. Ibáñez y V. Pelechano (Coords.), *El análisis dimensional y/o disposicional del individuo* (pp. 45-82). Madrid: Alhambra.
- Bandura, A. (1986). *Social foundations of thought and action: A social cognitive theory*. Englewood Cliffs, Nueva Jersey: Prentice-Hall. (Trad. castell.: Pensamiento y acción. Fundamentos sociales. Madrid: Martínez Roca, 1987).
- Bandura, A. (1999). Social cognitive theory of personality. En L.A. Pervin y O.P. John (Eds.), *Handbook of personality. Theory and research* (2ª ed., pp. 154-196). Nueva York: Guilford.
- Block, J. (1995). A contrarian view of the five-factor approach to personality description. *Psychological Bulletin*, 117, 187-215.
- Block, J. (2001). Millenian contrarianism: The five-factor approach to personality description 5 years later. *Journal of Research in Personality*, 35, 98-107.

- Burger, J.M. (1995). Individual differences in preference for solitude. *Journal of Research in Personality*, 29, 85-108.
- Buss, A.H. (1989). Personality as traits. *American Psychologist*, 44, 1378-1388.
- Caprara, G.V. (1996). Structures and processes in personality psychology. *European Psychologist*, 1, 14-26.n
- Caprara, G.V. (2000, julio). *Personality psychology: Filling the gap between basic processes and molar functioning*. Comunicación presentada en el XXVII International Congress of Psychology, Estocolmo.
- Caprara, G.V. y Cervone, D. (2000). *Personality. Determinants, dynamics, and potentials*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Cervone, D. (1997). Social-cognitive mechanisms and personality coherence: Self-knowledge, situational beliefs, and cross-situational coherence in perceived self-efficacy. *Psychological Science*, 8, 43-50.
- Cervone, D. (1999). Bottom-up explanation in personality psychology. The case of cross-situational coherence. En D. Cervone y Y. Shoda (Eds.), *The coherence of personality. Social-cognitive bases of consistency, variability, and organization* (pp. 303-343). Nueva York: Guilford.
- Cervone, D. y Shoda, Y. (1999). Social-cognitive theories and the coherence of personality. En D. Cervone y Y. Shoda (Eds.), *The coherence of personality. Social-cognitive bases of consistency, variability and organization* (pp. 3-33). Nueva York: Guilford.
- Cervone, D., Shadel, W.G. y Jencius, S. (2001). Social-cognitive theory of personality assessment. *Personality and Social Psychology Review*, 5, 33-51.
- Costa, P.T. y McCrae, R.R. (1998). Trait theories of personality. En D.F. Barone, M. Hersen y V.B. Van Hasselt (Eds.), *Advanced personality* (pp. 103-121). Nueva York: Plenum.
- Fleeson, W. (2001). Toward a structure- and process- integrated view of personality: Traits as density distributions of states. *Journal of Personality and Social Psychology*, 80, 1011-1027.
- Fuhrman, R.W. y Funder, D.C. (1995). Convergence between self and peer in the response-time processing of trait-relevant information. *Journal of Personality and Social Psychology*, 69, 961-974.
- Funder, D.C. (1991). Global traits: A neo-Allportian approach to personality. *Psychological Science*, 2, 31-39.
- Funder, D.C. (2001). Personality. *Annual Review of Psychology*, 52, 197-221.
- Harkness, A.R. y Lilienfeld, S.O. (1997). Individual differences science for treatment planning: Personality traits. *Psychological Assessment*, 9, 349-360.
- Hettema, P.J. y Deary, I.J. (1992). Biological and social approaches to individuality: Towards a common paradigm. En P.J. Hettema e I.J. Deary (Eds.), *Foundations of personality* (pp. 1-14). Dordrecht, Holanda: Kluwer.
- Hofstee, W.K.B. (1994). Who should own the definition of personality? *European Journal of Personality*, 8, 142-162.
- Idson, L.C. y Mischel, W. (2001). The personality of familiar and significant people: The lay perceiver as a social-cognitive theorist. *Journal of Personality and Social Psychology*, 80, 585-596.
- Johnson, J.A. (1997). Units of analysis for the description and explanation of personality. En R. Hogan, J. Johnson y S. Briggs (Eds.), *Handbook of personality psychology* (pp. 73-93). Nueva York: Academic Press.
- Kitcher, P. (1985). Two approaches to explanation. *Journal of Philosophy*, 82, 632-639.
- Langston, C.A. y Sykes, W.E. (1997). Beliefs and the Big Five: Cognitive bases of broad individual differences in personality. *Journal of Research in Personality*, 31, 141-165.
- Lewin, K. (1935). *A dynamic theory of personality*. Nueva York: McGraw Hill. (Trad. castell.: *Dinámica de la personalidad*, 2ª ed. Madrid: Morata, 1973).
- Little, B.R. (1996). Free traits, personal projects and idio-tapes: Three tiers for personality psychology. *Psychological Inquiry*, 7, 340-344.
- Little, B.R., Lecci, L. y Watkinson, B. (1992). Personality and personal projects: Linking Big Five and PAC units of analysis. *Journal of Personality*, 60, 502-525.
- Matthews, G. y Deary, I.J. (1998). *Personality traits*. Cambridge: Cambridge University Press.
- McAdams, D.P. (1992). The five factor model of personality: A critical appraisal. *Journal of Personality*, 60, 329-361.
- McAdams, D.P. (1994). Can personality change? Levels of stability and growth in personality across the life span. En T.F. Heatherton y J.L. Weinberger (Eds.), *Can personality change?* Washington: APA.
- McAdams, D.P. (1995). What do we know when we know a person? *Journal of Personality*, 63, 365-396.
- McAdams, D.P. (1996). Personality, modernity, and the storied self: A contemporary framework for studying persons. *Psychological Inquiry*, 7, 295-321.
- McCrae, R.R. (1994). New goals for trait psychology. *Psychological Inquiry*, 5, 148-153.
- McCrae, R.R. (1996). Integrating the levels of personality. *Psychological Inquiry*, 7, 353-356.
- McCrae, R.R. y Costa, P.T. (1996). Toward a new generation of personality theories: Theoretical contexts for the five-factor model. En J.S. Wiggins (Ed.), *The five-factor model of personality: Theoretical perspectives* (pp. 51-87). Nueva York: Guilford.
- McCrae, R.R. y Costa, P.T. (1999). A five-factor theory of personality. En L.A. Pervin y O.P. John (Eds.), *Handbook of personality. Theory and research* (2ª ed., pp. 139-152). Nueva York: Guilford.
- McCrae, R.R., Costa, P.T., Ostendorf, F., Angleitner, A., Hrebicková, M., Avia, M.D., Sanz, J. y Sánchez-Bernardos, M.L. (2000). Nature over nurture: Temperament, personality, and the life span development. *Journal of Personality and Social Psychology*, 78, 173-186.
- Mischel, W. (1999a). Personality coherence and dispositions in a cognitive-affective processing system (CAPS) approach. En D. Cervone y Y. Shoda (Eds.), *The coherence of personality: Social-cognitive bases of consistency, variability, and organization* (pp. 37-60). Nueva York: Guilford.
- Mischel, W. (1999b). Integrating dispositions and processing dynamics within a unified theory of personality: The cognitive-affective personality system. En L.A. Pervin y O.P. John (Eds.), *Handbook of personality. Theory and research* (2ª ed., pp. 197-218). Nueva York: Guilford.
- Mischel, W. y Shoda, Y. (1994). Personality psychology has two goals: Must it be two fields? *Psychological Inquiry*, 5, 156-158.
- Mischel, W. y Shoda, Y. (1995). A cognitive-affective system theory of personality: Reconceptualizing the invariances of personality and the role of situations. *Psychological Review*, 102, 246-286.
- Mischel, W. y Shoda, Y. (1998). Reconciling processing dynamics and personality dispositions. *Annual Review of Psychology*, 49, 229-258.
- Pelechano, V. (1973). *Personalidad y parámetros. Tres escuelas y un modelo*. Barcelona: Vicens Vives.
- Pelechano, V. (1989). Ejes de referencia y una propuesta temática. En E. Ibáñez y V. Pelechano (Coords.), *Personalidad* (pp. 265-329). Madrid: Alhambra.
- Pelechano, V. (1996e). Una introducción al modelo de parámetros en personalidad. En V. Pelechano (Coord.), *Psicología de la personalidad. Teorías* (pp. 337-368). Barcelona: Ariel.
- Pelechano V. (2000). *Psicología sistemática de la personalidad*. Barcelona: Ariel.
- Pervin, L.A. (1994a). A critical analysis of current trait theory. *Psychological Inquiry*, 5, 103-113.
- Pervin, L.A. (1994b). Further reflections on current trait theory. *Psychological Inquiry*, 5, 169-178.
- Pervin, L.A. (1996). *The science of personality*. Nueva York: Wiley. (Trad. castell.: *La ciencia de la personalidad*. Madrid: McGraw-Hill, 1998).
- Roberts, B.W. y Robins, R.W. (2000). Broad dispositions, broad aspirations: The intersection of personality traits and major life goals. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 26, 1284-1296.
- Romero, E. (2002). Investigación en psicología de la personalidad: Líneas de evolución y situación actual. *Boletín de Psicología*, 74, 39-78.
- Romero, E., Luengo, M.A., Carrillo, M. y Otero, J.M. (1994). The Act-Frequency Approach to the study of impulsivity. *European Journal of Personality*, 8, 119-133.
- Shoda, Y., Mischel, W. y Wright, J.C. (1993). The role of situational demands and cognitive competencies in behavior organization and personality coherence. *Journal of Personality and Social Psychology*, 65, 1023-1035.
- Singer, J.A. (1996). To integrate or not to integrate: A dilemma for modern personality theory. *Psychological Inquiry*, 7, 367-371.
- Snyder, M. (1994). Traits and motives in the psychology of personality. *Psychological Inquiry*, 5, 162-165.
- Strelau, J. (1998). *Temperament. A psychological perspective*. Nueva York: Plenum.
- Vansteelandt, K. y Van Mechelen, I. (1998). Individual differences in situation-behavior profiles: A triple typology model. *Journal of Personality and Social Psychology*, 75, 751-765.

- Wright, J.C. y Mischel, W. (1987). A conditional analysis of dispositional constructs: The local predictability of social behavior. *Journal of Personality and Social Psychology*, 53, 1159-1177.
- Zelli, A. y Dodge, K.A. (1999). Personality development from the bottom up. En D. Cervone y Y. Shoda (Eds.), *The coherence of personality* (pp. 94-126). Nueva York: Guilford.

(Artículo recibido: 24-7-03, aceptado: 12-2-05)